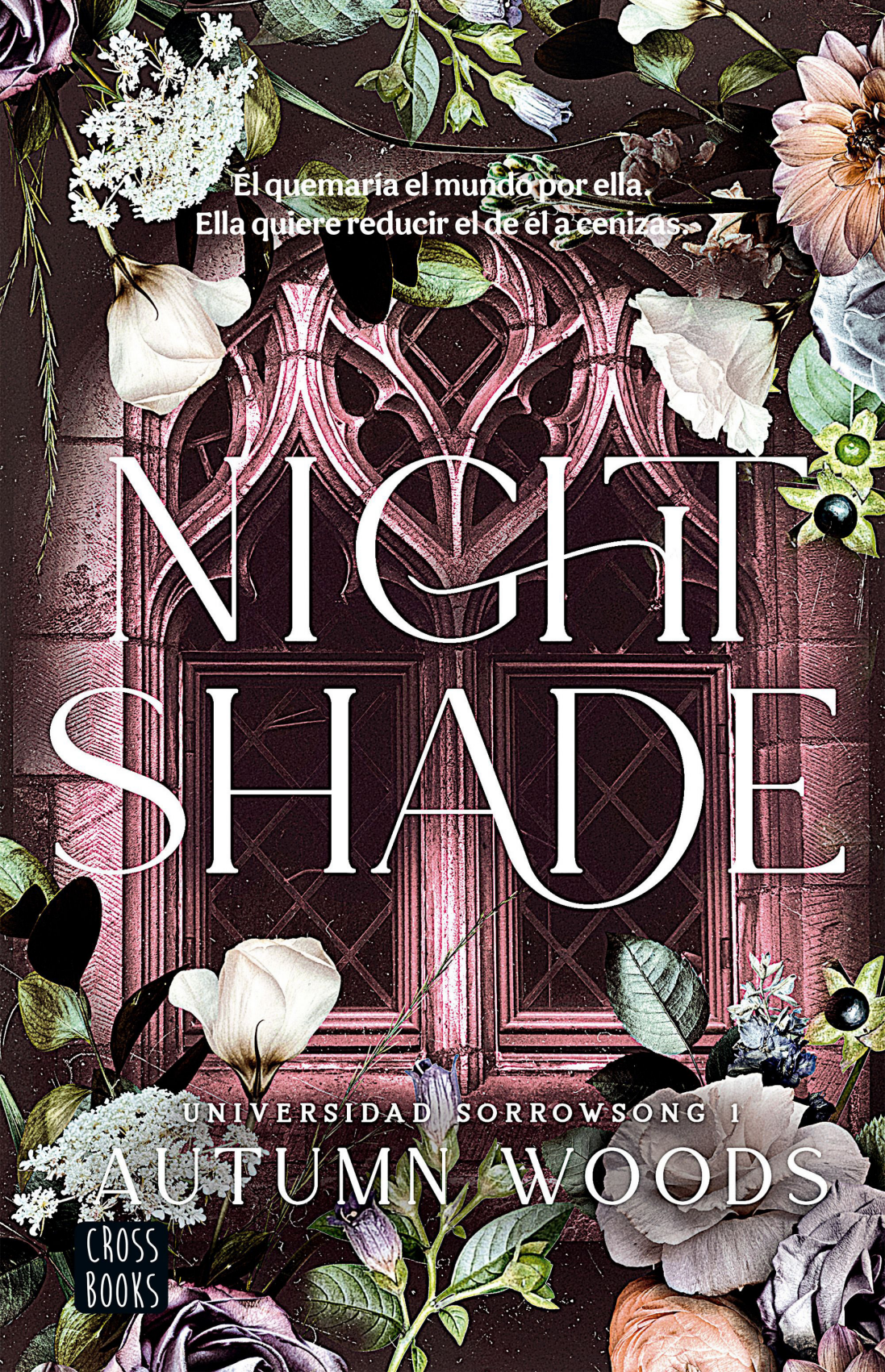




El quemaría el mundo por ella.
Ella quiere reducir el de él a cenizas.

NIGHT SHADE

UNIVERSIDAD SORROWSONG 1

AUTUMN WOODS

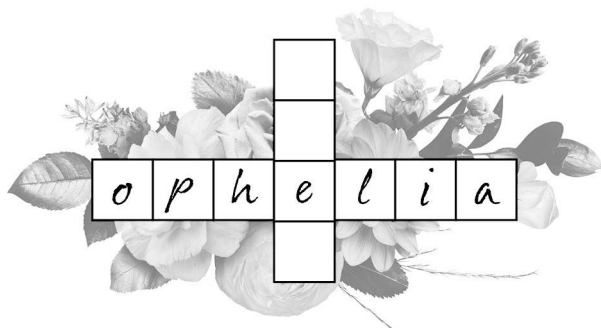
CROSS
BOOKS

UNIVERSIDAD SORROWSONG 1

AUTUMN WOODS
NIGHT
SHADE



CROSS
BOOKS



Capítulo 1

La semana en la que asesinaron a mi padre, le prometí que nunca pondría un pie en la Universidad Sorrowsong.

Le hice muchas promesas, desde las más simples y triviales, hasta las más abstractas y emocionales. Que no me dejaría la luz de la habitación encendida, que perseguiría mis sueños, que no me quedaría horas bajo el agua de la ducha, que siempre me querría a mí misma...

Estar aquí representa la caída de la última ficha de dominó en esta extensa cadena de decepciones.

Las puertas de la universidad me devuelven la mirada, el hierro forjado se retuerce en una mueca desafiante, retándome a dar un paso más. Las gaviotas que sobrevuelan la zona son lo suficientemente sabias como para alejarse con sus graznidos lastimeros del castillo que se alza en el valle ante mí.

Siento un escalofrío cuando una densa niebla avanza desde la laguna que se encuentra a mi izquierda, y el sol lucha por asomarse tras un cielo encapotado. A pesar del paso de los años, todavía se puede distinguir la inscripción que acompaña al escudo de la universidad.

«SCIENTIA POTENTIA EST». «El conocimiento es poder».

Resoplo, y mi aliento se convierte en una nube blanca en

el aire helado. No es un eslogan original para una universidad.

Pero Sorrowsong no lo dice en el mismo sentido que las demás. No hablan de encontrar la cura para el cáncer o lograr maneras más rápidas de llegar a la Luna; no, ellos hablan de chantaje. Intercambios de carpetas en callejones oscuros, y tratos de negocios cerrados en la clandestinidad.

En Sorrowsong es donde moldean a los hijos e hijas de las familias más ricas del mundo para convertirlos en copias de sus padres corruptos. El aire que me rodea apesta a potencial desaprovechado.

La bolsa de lona, que transporta mis pertenencias, resopla cuando la dejo caer a mis pies para frotarme los hombros doloridos por el peso. A través del aullido del viento y el reconfortante golpeteo de la lluvia contra las hojas, puedo oír el murmullo lejano de otros estudiantes nuevos, quienes cruzan el puente levadizo y se adentran en la fachada del castillo. Ya llego tarde, pero cuando los portones se abren con alguna especie de mecanismo invisible, soy incapaz de moverme.

Una verdad deprimente me carcome por dentro: no quiero estar aquí.

Pero no tengo elección.

La vida no me ha bendecido con otras opciones, nunca he tenido la oportunidad de verme en una encrucijada y elegir mi propio camino. La vida me condujo hasta estas puertas negras ornamentadas como un embudo. Ahora depende de mí cruzarlas.

Dentro de mí conviven dos chicas: una que se aferra a un último hilo de esperanza, y otra que quiere ver el mundo arder. Una me empuja hacia atrás. La otra, hacia delante.

Mis pies no se mueven.

El sonido de un claxon me saca de mi debate interno, mi

sombra aparece sobre el terreno desigual que hay frente a mí. Me giro rápidamente para enfrentarme a dos luces brillantes bajo la lluvia torrencial que se acercan a toda velocidad. Presa del pánico, cierro los ojos y me preparo para el impacto.

Pero nunca llega. Solo oigo el chirrido de los frenos y el suave roce del metal contra mis muslos. Abro los ojos y mi mirada se cruza con la de... ¿un ángel? Una mujer vestida de plata se inclina delante de mí.

«El espíritu del Éxtasis».

La figura es delicada, casi parece pedir disculpas, a diferencia del resto del clásico Rolls-Royce Phantom, que está a unos pocos centímetros de aplastarme contra el camino embarrado que se encuentra a mis pies. La neblina, junto a la luz cegadora de los faros, me impide ver al conductor, pero la voz grave y furiosa que sale del coche me pone los pelos de punta.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo? ¿Intentas que te maten o qué?

¿Lo intento? Puede ser. No puedo negar que últimamente no presto mucha atención cuando cruzo las vías del tren o saco el pan de la tostadora.

—¿Perdón? ¡¿Qué se supone que haces tú yendo como un loco por una calle tan estrecha con esta niebla?! —le grito, mientras me aparto de la carretera con un chapoteo poco ceremonioso.

El Phantom negro avanza hasta que los retrovisores quedan a mi altura. Me agacho para ver al conductor mientras me protejo los ojos de la lluvia con una mano temblorosa.

El corazón me da un vuelco en cuanto lo veo, como si una señal de advertencia se activara a lo lejos.

El hombre que está al volante no hace nada para calmar mi corazón desbocado. Por un lado, parece sacado de una

sala de reuniones de Wall Street. Lleva una camisa impecable, y tiene la mandíbula bien definida. Se pone a escribir un mensaje en su móvil, como si casi haberme matado no fuera más que otro inconveniente de su día.

Pero al estudiarlo más de cerca, encuentro fallos en esa imagen de banquero de inversiones que yo misma le he adjudicado. Manchas de tinta negra en las mangas de su camisa arremangada. Enredaderas, flores y cuervos serpentean alrededor de sus antebrazos, y el ala de otro pájaro asoma por el cuello de la camisa. Tiene el pelo oscuro alborotado y los rizos le caen sobre la frente. Parece un poco más mayor que yo.

Me quedo paralizada al encontrarme con un par de ojos verdes que pasan de la irritación a la curiosidad mientras termina lo que sea que está haciendo. Lanza el teléfono al salpicadero y se centra en mi aspecto desaliñado.

El silencio se instala entre nosotros. Inclina la cabeza para verme mejor. En la oscuridad de la tormenta, parece etéreo.

Algo en lo más profundo de mí me grita que corra.

Le echa un vistazo al oscuro camino que se abre frente a él antes de volver a centrarse en mí. Su curiosidad se ha visto reemplazada por una emoción que me hace retroceder de forma involuntaria.

—¿Prefieres morir antes que entrar? —me pregunta con una sonrisa. Su voz profunda y suave me desconcierta, no le pega con su aura ni con su mirada traviesa. No logro identificar su acento.

Me aparto un mechón de pelo que se me ha quedado pegado a los labios mientras lo miro con recelo.

—Algo así.

Da marcha atrás con dos dedos.

—Vale, repetimos. Haré que parezca un accidente. Serías la tercera víctima de hoy.

Si no tuviera la cara congelada por culpa del viento, sonreiría.

—Maravilloso. ¿Puedes tirarme por el puente levadizo cuando acabes?

—He oído que los peces están muertos de hambre —bromea mientras se le tensa la camisa inmaculada sobre el pecho al inclinarse para abrir la puerta del copiloto. No se me pasa por alto el reloj Patek Philippe que lleva en la muñeca cuando apoya el brazo con desgana en la ventanilla del conductor—. Sube.

Me envuelve una ráfaga de cuero y humo que se entremezcla con el olor a pantano y a bosque mojado. Cada centímetro de este hombre grita «familia adinerada», de esas de las que mis padres me hicieron prometer que me mantendría alejada. El dolor amenaza con abrirse paso. El golpe de mi bolsa contra la espalda al colgármela del hombro me devuelve algo de sentido común y me alejo.

Pero esos ojos verdes y esa sonrisa arrogante me alcanzan enseguida. Da golpecitos impacientes con los dedos contra la puerta del coche.

—¿Qué te pasa, comida para peces? ¿Te da miedo cómo conduzco?

Mis botas resbalan en el barro cuando me doy la vuelta para encararlo.

—¿Hay alguna razón por la que estés tan desesperado por meter en tu coche a una chica inocente en medio de la nada?

—Inocente —repite. Deja la palabra flotando entre nosotros, a la espera de que me desmorone bajo el peso de esa pequeña mentira piadosa. Maldigo y me despido, pero el motor ronronea y el coche avanza de golpe hasta detenerse frente a mí e impedirme el paso. Con mi ruta de escape bloqueada, desvío la mirada hacia el bosque que rodea ambos lados del camino.

«En el bosque Solemn habitan numerosos peligros, Ophelia. Ni se te ocurra poner un solo pie allí».

«También habitan numerosos peligros en los coches de lujo, mamá, pero no estás aquí para ayudarme».

Le doy la espalda al desconocido, y rodeo el capó del coche. Frunzo el ceño mientras sorteo las piedras, los charcos y las ramas. El chirrido de la puerta al abrirse me revuelve el estómago. Miro por encima del hombro y entro en pánico. Mi nuevo amigo despliega su enorme figura, y sale del coche con la gracia de una pantera.

Debería haber elegido el bosque.

Más de un metro noventa de puro músculo se acerca a mí con pasos decididos. Instintivamente, me llevo la mano a la navaja del bolsillo. Dos pares de botas negras se detienen punta con punta frente a las mías, y siento el roce de su aliento en mi oreja.

—Solo por curiosidad, ¿dónde me apuñalarías?

Mantengo la voz firme, aunque el corazón me lata con fuerza. No me molesto en preguntarle cómo lo sabe. Tiene pinta de ser la clase de hombre ante el que hasta el destino se inclinaría.

—En la garganta, a ver si así te callas de una vez.

Su risa, cálida y espesa como la miel, suaviza el frío que me recorre la piel. Antes de que pueda reaccionar, cuatro dedos se deslizan bajo la correa de mi bolsa y la lanzan al asiento trasero del coche. Aprieto los puños dentro de los bolsillos de la chaqueta.

—Devuélvemela.

—Sube al coche.

—Prefiero caminar.

Se muerde el labio para reprimir una sonrisa, y siento una bandada de mariposas revoloteándome en el estómago. En el pueblo donde crecí, no existen chicos como este.

—¿Y yo qué soy entonces? ¿Un botones de lujo?

—Un ladrón.

—Preferiría ser un secuestrador —responde mientras señala la puerta del copiloto.

Empiezo a andar en dirección al castillo, pero algo me detiene. Mi teléfono está en esa bolsa. A través del cristal tintado, veo el llavero de la suerte de mi padre colgando del asa, y sé que he perdido la batalla. Prefiero tragarme el orgullo antes que perder esa pequeña parte de él.

Profiero un insulto lo bastante alto como para que él lo oiga y me dejo caer en el asiento delantero. Dejo que mi pelo empapado moje el cuero de color crema. Frunzo el ceño al ver el estado de mis botas; trato de sacudir los restos de barro sobre la alfombrilla beige.

El desconocido se desliza en el asiento del conductor con una ceja levantada.

—¿Algo más? ¿Vas a escupir en la guantera?

Lo miro.

—No, prefiero cagarme en el salpicadero.

Otra carcajada, pero esta vez es más fuerte y atractiva. Toquetea un par de botones, y noto que el cuero del asiento empieza a calentarse. La melodía suave de un piano se filtra a través de los altavoces. Estoy cómoda, pero no me permito relajarme. Hay algo en él que me recuerda a una goma elástica a punto de romperse.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo, comida para peces. Cagarte en el salpicadero me parece un poco exagerado, al menos podrías...

—¿Mear en el portavasos? —Todavía no ha arrancado. Esto ha sido un error. No quedará bien en el titular de los periódicos: «UNA CHICA MUERE EN UN VALLE REMOTO DE ESCOCIA TRAS MONTARSE EN EL COCHE DE UN COMPLETO DESCONOCIDO».

Él levanta una mano mientras mete primera con la otra.

—Exacto. Últimamente la gente salta a la mínima, ¿verdad?

Con el coche todavía parado, le lanza una última mirada a mi ropa desaliñada y a mi bolsa hecha jirones.

—¿Vas disfrazada de Oliver Twist?

—Vete a la mierda. —Repaso su atuendo ridículamente elegante. Solo le falta un sombrero de copa y un bastón—. Entonces, ¿tú eres Jack Dawkins?

Lo veo sonreír por el rabillo del ojo.

—¿Porque soy listo y encantador? —pregunta con diversión.

—No, solo irritante. —Hago el amago de abrir la puerta para bajarme, pero él levanta ambas manos en señal de rendición y arranca el coche. Su apariencia puede parecer tranquila, pero hay algo en él que no encaja. Oculta algo detrás de esos ojos verdes que no es ni humor ni fastidio. Algo más profundo. Más oscuro, más hambriento.

Veo un cuaderno de bocetos que sobresale de la guantera lateral. Siento un cosquilleo en los dedos. Quiero tocarlo y echar un vistazo dentro de una mente que no es la mía.

—Ni se te ocurra.

—No voy a juzgar tus dibujos de Mickey Mouse —bromeo.

Él resopla sin apartar los ojos de la carretera mientras esquivaba un tronco caído.

—Soy más de Minnie.

—¿Qué hay dentro?

El brillo de su mirada es aterrador.

—Dibujos de mis anteriores víctimas.

Genial. La culpa es mía por subirme al coche.

—¿Divorciadas, decapitadas o muertas? —bromeo haciendo referencia a las seis esposas de Enrique VIII.

Me dirige una sonrisa lobuna que resulta de todo menos tranquilizadora.

—Después otra divorciada, y nuevamente una decapitada. Con algo de suerte, tú serás la que sobrevive.

Fantástico.

El coche avanza sin apenas esfuerzo por el camino lleno de baches que conduce hasta el campus. Es la primera oportunidad que tengo de observar todo lo que me rodea. Las gárgolas lloran lágrimas de lluvia al pasar junto a ellas, cada una más angustiada que la anterior. Una verja de hierro con pinchos bordea el bosque Solemn, aunque eso no impediría que te adentraras en él si quisieras.

Pero vamos, que no entra en mis planes.

Siento un escalofrío, y por primera vez en siete horas de tren y tres horas de autobús, soy consciente de lo aislado que está este lugar.

Sobre nosotros se alza el Castillo Sorrowsong, una fortaleza con siglos de antigüedad que se erige en la ladera de la montaña. Los gruesos muros de piedra se elevan formando torres, y sostienen con orgullo el techo de tejas bajo el cielo color carbón. El paisaje que lo rodea está destrozado por culpa del clima, pero el castillo sigue en pie, alto e intacto. A sus pies descansan un río, una laguna y un bosque de gran densidad. La lluvia golpea la piedra y los troncos grises de los árboles. Parece que quien creó el mundo se quedó sin pintura cuando llegó a este lugar. Incluso el césped es de un color verde apagado.

Tengo un mal presentimiento. Saco mi móvil del pequeño charco de agua que se ha formado al fondo de mi bolsa. «Sin señal». Tampoco es que tenga a quien llamar, pero eso no quita que se me revuelva el estómago.

Tres años. Solo tengo que sobrevivir tres años, y después no volveré a poner un pie en este lugar.

Una de sus manos cuelga perezosamente del volante, mientras la otra tamborilea sobre su muslo para romper el incómodo silencio.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas, comida para peces.

—Tú tampoco.

Pega un volantazo, y se desvía del camino lleno de baches. Me veo obligada a apoyar la mano sudorosa contra la ventanilla para no caerme. El coche se dirige a una plaza de aparcamiento decorada con una placa dorada en la que se puede leer: «RECTOR». Mi nuevo amigo, quien sinceramente dudo que sea el rector, apaga el vehículo.

—Alex. Me llamo Alex.

«Alex». Hay algo en él que me resulta familiar. Se me enciende una luz de advertencia en algún rincón de la mente, pero está demasiado borrosa como para leer el mensaje. Por alguna razón, no he soltado la navaja que guardo en el bolsillo; solo me falta averiguar cuál es.

El rugido del motor y el crujido de las ramas bajo las ruedas son ahora casi imperceptibles. El único sonido que nos acompaña es el golpeteo de la lluvia sobre el parabrisas. Sus ojos me analizan perezosamente por primera vez, y se detienen en el trozo de camiseta mojada que me asoma por debajo de la chaqueta. Después, vuelven a encontrarse con los míos, y una sonrisa seductora se le dibuja en los labios mientras saca un cigarro de una pitillera metálica de la guantera. Se lo lleva a la boca y la llama del mechero provoca que el brillo travieso de sus ojos se distinga con mayor intensidad.

—Igual me pasé un poco con lo de Oliver Twist.

Tiro ligeramente del dobladillo de mi falda hacia abajo, y agarro mis cosas. Contengo la respiración a causa de la tensión que nos rodea. Me despido entre dientes mientras evito mirarlo a toda costa. Me bajo del coche y echo a correr en dirección a las puertas del castillo. Siento su mirada quemándome la nuca, pero no me giro.

No estoy aquí para ligar con tíos buenorros. He venido por dos razones: para graduarme en la única universidad de este planeta en la que me han dado una plaza, y para descubrir por qué mis padres murieron a un kilómetro de donde hemos aparcado.